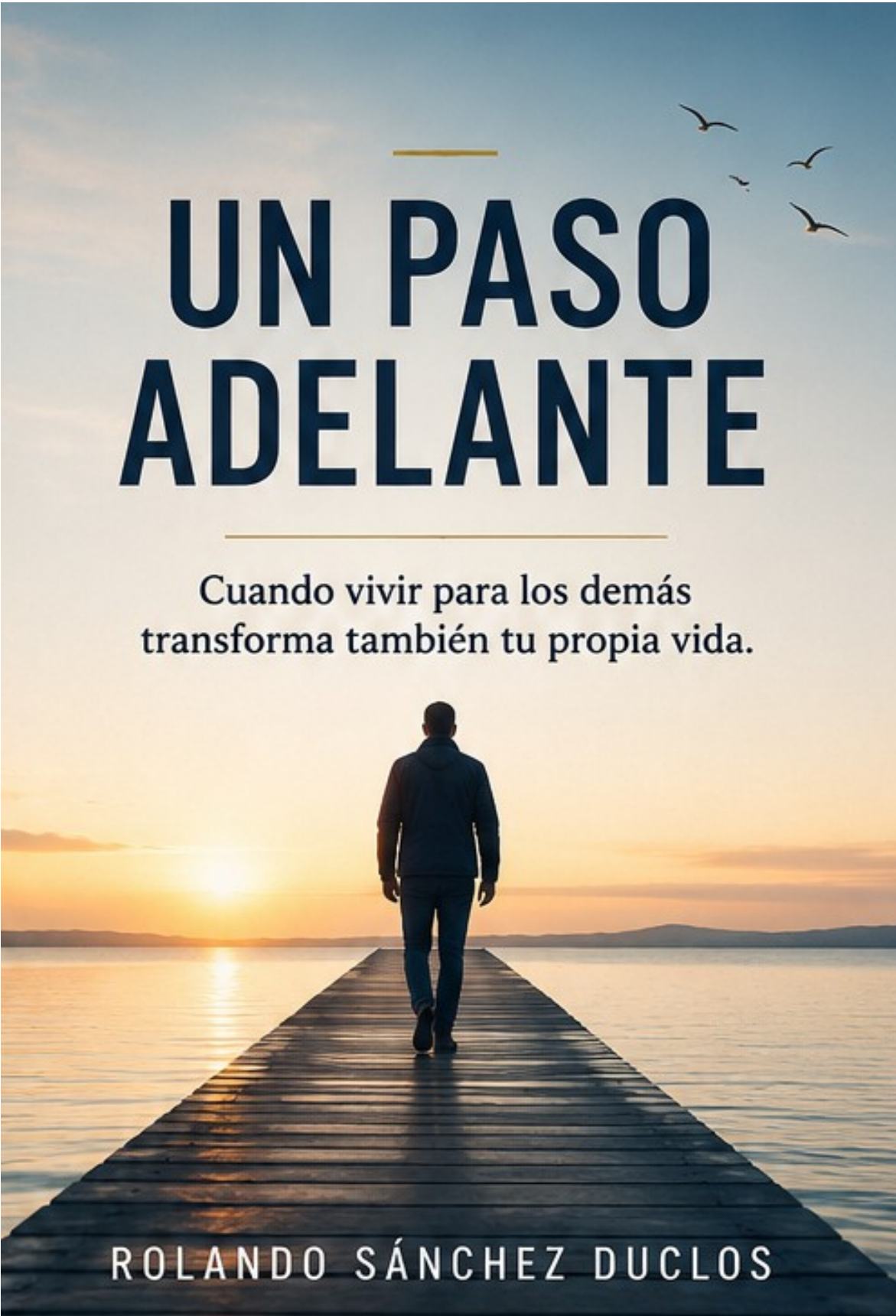


The background of the entire cover is a photograph of a person walking away from the viewer on a long wooden pier that extends into a body of water. The sun is low on the horizon, creating a warm, golden glow and reflecting on the water. Several birds are flying in the sky above the pier.

UN PASO ADELANTE

Cuando vivir para los demás
transforma también tu propia vida.

ROLANDO SÁNCHEZ DUCLOS

UN PASO ADELANTE

*Cuando vivir para los demás
transforma también tu propia vida.*

ROLANDO SÁNCHEZ DUCLOS

Edición digital • OHS Consultora
ohsconsultora.com

Antes de dar el primer paso

No sé cómo llegaste hasta este libro.

Tal vez alguien te lo regaló.

Quizás lo encontraste por casualidad o, simplemente, apareció en tus manos en ese momento extraño en el que sentimos que necesitamos escuchar una voz diferente.

Sea cual sea la razón, me alegra que estés aquí.

Antes de comenzar, quiero pedirte algo.

Olvídate por un momento de que tienes un libro entre las manos.

Imagina otra escena.

Estamos sentados frente a frente.

Puede ser en un banco de una plaza, en un café tranquilo, bajo la sombra de un árbol o mirando un atardecer.

El lugar no importa.

Lo importante es que ... no hay apuro.

Tú llevas una mochila.

Yo también.

La diferencia es que la mía tiene algunos años más de camino.

No estoy aquí para decirte cómo debes vivir.

Tampoco para convencerte de que encontré una fórmula para el éxito.

Si alguien alguna vez te promete eso, desconfía.

La vida no funciona así.

Lo único que puedo ofrecerte es algo mucho más humilde... y, al mismo tiempo, mucho más valioso.

Mi experiencia.

No porque haya tomado siempre las decisiones correctas.

Todo lo contrario.

Me equivoqué.

Tuve miedo.

Caí.

Volví a empezar más veces de las que imaginé.

Y fue precisamente allí donde descubrí una verdad que cambió mi vida.

Mientras haya vida, siempre existe la posibilidad de dar un paso más.

Por eso quiero hacer un pacto contigo.

No me creas.

No aceptes una sola idea de este libro solo porque yo la escribí.

Ponla a prueba.

Llévala a tu propia vida.

Discútela.

Cuestiónala.

Y, si en algún momento no estás de acuerdo conmigo, me harás muy feliz.

Porque este libro no fue escrito para darte respuestas.

Fue escrito para ayudarte a encontrar las tuyas.

No leas estas páginas con prisa.

Léelas como quien conversa con un amigo durante un viaje largo.

Detente cuando una historia te haga recordar la tuya.

Subraya aquello que te conmueva.

Escribe en los márgenes.

Haz silencio cuando una pregunta te incomode.

Y, sobre todo, no cierres este libro sin preguntarte cuál será el próximo paso que darás en tu vida.

Si al terminar estas páginas decides dar un solo paso que hoy no te animabas a dar, entonces habrá valido la pena que yo las escribiera... y que tú las leyeras.

Ahora sí.

Si te parece...

Comencemos a caminar juntos.

¿Por qué escribí este libro?

Durante mucho tiempo pensé que escribir un libro era para personas extraordinarias.

Personas famosas.

Grandes pensadores.

Profesores.

Conferencistas.

Gente que tenía respuestas para todo.

Con los años descubrí que estaba equivocado.

Los libros más valiosos no siempre los escriben quienes más saben.

Muchas veces los escriben quienes más han vivido.

Yo no escribí estas páginas porque tenga una vida perfecta.

Ni porque haya encontrado todas las respuestas.

Las escribí porque me equivoqué.

Porque tuve miedo.

Porque volví a empezar.

Porque muchas personas caminaron a mi lado cuando yo apenas me podía sostener y solo no habría podido.

Y porque un día comprendí que todo lo vivido pierde parte de su sentido si no se comparte.

Este libro nació por gratitud.

Gratitud hacia mi madre, que me enseñó a descubrir el valor de la lectura sin imaginar que estaba cambiando mi destino.

Gratitud hacia mi esposa, hacia mis hijas, y ahora ... hacia mis nietas, que llenan de amor y de nuevos sueños a esta etapa de mi vida.

Hacia mis maestros.

Mis amigos.

Mis compañeros de camino.

Y también hacia quienes me hicieron vivir momentos difíciles.

Porque ellos también me ayudaron a convertirme en la persona que soy.

No escribo para decirte cómo vivir.

Escribo porque creo profundamente que cada ser humano lleva dentro un potencial que muchas veces permanece dormido.

A veces solo necesita una palabra.

Una conversación.

Una oportunidad.

O alguien que le recuerde que todavía está a tiempo de comenzar de nuevo.

Si este libro consigue eso aunque sea con una sola persona...

Todo el tiempo dedicado habrá valido la pena.

Y si algún día, después de leer estas páginas, tú decides ayudar a otra persona a descubrir su propio camino...

Entonces este libro ya no será mío.

Será nuestro y me llenarás de orgullo.

La herencia más valiosa

Cuando era joven pensaba que la herencia era aquello que una persona dejaba al morir.

Con los años descubrí que estaba equivocado.

La verdadera herencia comienza mucho antes.

Empieza cada mañana.

En la forma en que saludamos.

En la palabra de aliento que regalamos... simplemente con un " Te quiero"

En la paciencia con la que escuchamos.

En el ejemplo que damos cuando nadie parece estar mirando.

Mi madre nunca me dejó una fortuna.

Me dejó algo infinitamente más valioso.

Me enseñó, sin proponérselo, que siempre existe una manera digna de enfrentar la vida.

Mi esposa me enseñó que los sueños compartidos pesan menos y llegan más lejos.

Mis hijas me recordaron que educar no consiste en decir cómo vivir, sino en vivir de una manera que inspire y con mucho amor para compartir.

Y mis nietas me regalaron un privilegio que solo el tiempo concede.

Volver a mirar el mundo con ojos de asombro, donde quedarse en un abrazo ... vale mas que mil palabras.

Entonces comprendí que todos estamos dejando una herencia.

Aunque no tengamos grandes bienes.

Aunque nuestro nombre nunca aparezca en un diario.

Aunque nadie escriba un libro sobre nosotros.

Cada gesto.

Cada palabra.

Cada decisión.

Cada acto de amor.

Va construyendo el recuerdo que un día quedará viviendo en el corazón de quienes nos conocieron.

Por eso, si alguna vez me preguntaran qué deseo dejar cuando ya no esté, no hablaría de bienes materiales.

Hablaría de otra cosa.

Me gustaría que quienes compartieron el camino conmigo pudieran decir:

"Después de conocerlo, descubrí que yo también podía ser una mejor persona."

Si algún día eso ocurre, sentiré que mi vida tuvo sentido.

Porque la mejor herencia no es lo que dejamos a nuestros hijos.

La mejor herencia es la persona en la que ayudamos a convertirse a quienes amamos.

Los abrazos que nunca olvidamos

Con el paso de los años descubrí algo que nunca me enseñaron en la escuela.

La vida no se mide solamente por los lugares a los que llegamos.

Se mide, sobre todo, por las personas que nos sostuvieron mientras caminábamos.

Cuando somos jóvenes creemos que avanzamos por nuestra propia fuerza.

Nos gusta pensar que todo lo conseguimos solos.

Con el tiempo entendemos una verdad mucho más hermosa.

Siempre hubo alguien caminando a nuestro lado.

A veces era una madre.

Otras veces un padre.

Un abuelo.

Un maestro.

Un compañero.

Un amigo.

Incluso alguien cuyo nombre hoy ya no recordamos.

Todos ellos dejaron algo dentro de nosotros.

No siempre fueron grandes enseñanzas.

Muchas veces bastó un gesto.

Una sonrisa.

Una mano sobre el hombro.

Una palabra de aliento.

O ese abrazo silencioso que llegó justo cuando las fuerzas comenzaban a faltar.

Con los años comprendí que existen abrazos que nunca terminan.

No porque duren mucho tiempo.

Sino porque siguen acompañándonos aun cuando quien nos abrazó ya no está.

Todavía hoy, cuando enfrente un desafío, siento el abrazo invisible de mi madre diciéndome, sin palabras:

"Confía... sigue adelante."

Y entonces entiendo que el verdadero amor nunca desaparece.

Simplemente cambia de manera de acompañarnos.

Quizás mientras lees estas líneas estés recordando a alguien.

Si es así, no dejes pasar el día sin darle las gracias si todavía puedes hacerlo.

Y si esa persona ya partió, honrala viviendo de una manera que la haga sentirse orgullosa de ti.

Porque hay personas que dejan recuerdos.

Y hay personas que se convierten en brújulas.

Las primeras viven en nuestra memoria.

Las segundas nos siguen mostrando el camino, incluso cuando ya no podemos verlas.

Porque habitan en nuestro corazón.

Las semillas que otros sembraron en mí

Durante muchos años pensé que mi vida era el resultado de mis decisiones.

Con el tiempo comprendí que esa era solo una parte de la verdad.

Antes de cada una de mis decisiones hubo alguien que sembró algo dentro de mí.

Mi madre sembró el amor por la lectura sin imaginar que estaba alimentando mi futuro.

Mis maestros sembraron confianza cuando yo todavía no conocía mis capacidades.

Mis amigos sembraron compañía en momentos en los que caminar solo parecía demasiado difícil.

Mi esposa sembró serenidad cuando la incertidumbre golpeó nuestra puerta.

Mis hijas sembraron ternura en un corazón que muchas veces había aprendido a ser fuerte.

Y mis nietas sembraron esperanza.

La esperanza de que la vida siempre encuentra una manera de volver a empezar.

Entonces comprendí algo que cambió para siempre mi manera de mirar a las personas.

Nadie llega al lugar donde está únicamente por mérito propio.

Todos somos el fruto de semillas que alguien sembró mucho antes de que pudiéramos comprender su valor.

Por eso, cuando alguien me felicita por algún logro, en silencio pienso en todas esas personas.

Porque detrás de cada paso que di hubo muchas manos empujándome con amor.

Y detrás de cada sueño cumplido hubo alguien que creyó en mí antes de que yo aprendiera a creer en mí mismo.

Hoy intento hacer lo mismo.

No sé cuántas de las semillas que siembro llegarán a florecer.

Tal vez nunca lo vea.

Pero ya no importa.

Porque entendí que sembrar siempre será más importante que contar la cantidad de flores.

Quizás la mayor misión de una vida no sea construir un jardín para uno mismo.

Quizás consista en sembrar árboles bajo cuya sombra algún día descansarán personas que nunca llegaremos a conocer.

Y, si eso ocurre, habrá valido la pena vivir.

Los puntos siempre terminan uniéndose

Cuando era joven muchas veces me pregunté por qué me ocurrían determinadas cosas.

¿Por qué aquel esfuerzo?

¿Por qué aquella renuncia?

¿Por qué aquel dolor?

¿Por qué aquel cambio de rumbo?

Confieso que muchas veces no encontraba ninguna respuesta.

Solo seguía caminando.

Con el paso de los años descubrí algo extraordinario.

La vida rara vez nos entrega las respuestas mientras estamos viviendo las preguntas.

Las respuestas llegan después.

Mucho después.

Llegan cuando miramos hacia atrás.

Entonces entendemos que aquello que parecía un obstáculo estaba preparándonos.

Que aquella persona que apareció en el momento justo no fue una casualidad.

Que aquella puerta que se cerró evitó que entráramos en un lugar donde no debíamos estar.

Que aquel fracaso nos obligó a desarrollar capacidades que jamás habríamos descubierto si todo hubiera salido bien.

Hoy miro mi vida y ya no veo hechos aislados, veo un camino.

Veo puntos que parecían separados y que, con el tiempo, terminaron formando un dibujo perfecto.

La biblioteca.

La Carrera Militar.

La ingeniería con su excesiva perfección.

La docencia, como acto de amor al otro.

La vida comercial.

Mi familia.

Mis errores.

Mis aciertos.

Todo tenía un lugar, todo tenía un sentido.

Incluso aquello que durante años fui incapaz de comprender.

Por eso, si hoy estás atravesando un momento difícil, quiero pedirte algo.

No te apresures a sacar conclusiones.

No declares derrota antes de tiempo.

No juzgues un capítulo como si fuera toda la historia.

Quizás dentro de diez años mires hacia atrás y descubras que aquello que hoy tanto te duele fue exactamente lo que necesitabas para convertirte en la persona que estabas llamado a ser.

La vida escribe despacio.

Pero escribe bien.

Y, aunque muchas veces no entendamos su letra, siempre termina encontrando la manera de unir los puntos.

El precio de los sueños

Muchas personas creen que los sueños tienen un precio.

Yo pienso que tienen varios.

El primero es la comodidad.

Porque todo sueño importante te obligará a salir del lugar donde te sientes seguro.

Después llega el miedo, ese compañero silencioso que aparece cada vez que decides hacer algo que nunca hiciste.

Más tarde aparece la incertidumbre.

¿Y si no funciona?

¿Y si fracaso?

¿Y si pierdo lo que tengo?

Confieso que yo también me hice esas preguntas.

Más de una vez.

La vida me llevó por caminos muy distintos.

Aprendí a vender cuando jamás imaginé que tendría que hacerlo.

Aprendí a escuchar a un cliente antes de intentar convencerlo.

Aprendí que detrás de cada persona que entra por una puerta hay una historia que merece respeto y no hay mejor camino comercial que el que se recorre juntos.

Aprendí a administrar una empresa.

A tomar decisiones difíciles.

A asumir riesgos económicos que muchas veces parecían demasiado grandes.

Hubo noches de preocupación... de no dormir en silencio.

Hubo cuentas que no cerraban.

Hubo momentos en los que el futuro parecía una enorme incógnita.

Pero también hubo algo que nunca estuve dispuesto a negociar.

Mis valores. y el amor por todos con los que comparto mi vida, que son mi familia.

Descubrí que la disciplina vale más que el entusiasmo pasajero.

Que la palabra dada vale más que un contrato.

Que la confianza tarda años en construirse y apenas unos segundos en perderse.

Y que la excelencia no consiste en hacer cosas extraordinarias de vez en cuando.

Consiste en hacer extraordinariamente bien las cosas de todos los días.

Con el tiempo entendí que emprender nunca fue solamente abrir un negocio.

Emprender fue aprender a creer.

Creer en una idea cuando todavía nadie más la veía.

Creer en un equipo cuando aún estaba comenzando, cuando ninguno teníamos experiencia.

Creer en uno mismo cuando los resultados todavía no aparecían.

Y, sobre todo, creer que siempre vale la pena hacer lo correcto, incluso cuando el camino más fácil parece estar delante de nosotros.

Hoy, si un joven me preguntara cuál es el secreto para emprender, no le hablaría primero de dinero.

Le hablaría de carácter, de actitud, de compromiso.

Porque los negocios pueden crecer.

Las empresas pueden cambiar.

Los mercados pueden transformarse.

Pero una persona que construye su vida sobre la honestidad, el esfuerzo, el respeto y la disciplina siempre encontrará una nueva manera de volver a empezar.

Los sueños tienen un precio, es verdad.

Pero el precio de renunciar a ellos suele ser mucho más alto.

Y ese se paga durante toda la vida.

El hotel que construyó la confianza

Hay personas que, cuando visitan un hotel, ven habitaciones, muebles, una cama cómoda.

Ven una recepción, una buena iluminación.

Un hermoso jardín.

Yo veo otra cosa... veo una historia.

Cada rincón de nuestro hotel guarda una decisión.

Una renuncia, un esfuerzo.

Y, sobre todo, un acto de confianza.

Con mi esposa soñábamos con crear un lugar donde las personas no solo encontrarán descanso.

Queríamos que sintieran paz...

Que se sintieran recibidas como si llegaran a la casa de un amigo.

Soñábamos con un hotel que abrazara a quien cruzara la puerta.

Pero los sueños, para dejar de ser sueños, necesitan personas.

Y un día apareció esa oportunidad que tanto habíamos buscado.

Importar desde Bali, en Indonesia, los muebles y gran parte del equipamiento que imaginábamos para nuestro proyecto.

Había un detalle...

No conocíamos absolutamente a nadie.

Nunca habíamos visto a esa persona en quien debíamos depositar nuestra confianza.

Nunca habíamos estrechado su mano.

Solo teníamos conversaciones... y una enorme ilusión.

Hasta que llegó el momento de tomar una decisión.

Confiar.

Recuerdo aquel instante.

Sacar un crédito y enviar una importante suma de dinero al otro lado del mundo sin tener ninguna certeza absoluta... solo confiando.

Muchos nos habrían dicho que era una locura.

Quizás tenían razones para pensarlo.

Pero también aprendí que, cuando uno vive únicamente desde el miedo, termina renunciando a experiencias extraordinarias.

Esperamos.

Con paciencia.

Con incertidumbre.

Con esperanza.

Luego llegó el COVID... y todo cambió.

El mundo se detuvo.

Todo era incertidumbre.

Todo parecía frenarse.

Y un día, finalmente, los contenedores llegaron.

Todo estaba allí.

Cada mueble.

Cada detalle.

Cada hermoso elemento de decoración.

Tal como había sido prometido.

Nos abrazábamos y llorábamos de emoción con nuestra gente.

Recuerdo caminar por el hotel mientras colocábamos aquellos muebles.

Y comprendí algo que jamás olvidé.

No estaba contemplando solamente un edificio.

Estaba viendo cómo la confianza había tomado forma.

Hoy ese sueño tiene un nombre.

Terrazas del Río Negro.

Cada huésped que entra por su puerta probablemente admire la calidez de sus espacios.

Lo que pocos imaginan es que esas paredes también cuentan una historia.

La historia de dos personas que se animaron a creer.

Y de otra persona, al otro lado del mundo, que honró su palabra y con ello hizo muy feliz a una familia.

Desde entonces confirmé una convicción que intento vivir cada día.

La confianza siempre implica un riesgo.

Pero vivir sin confiar implica perder la oportunidad de descubrir lo mejor del ser humano.

Por eso, nunca permitas que las decepciones te convenzan de que todas las personas son iguales.

Porque basta encontrar una sola persona íntegra para devolvernos la fe en muchas otras.

Nuestro hotel es mucho más que un emprendimiento.

Es el recuerdo permanente de que los grandes sueños casi nunca se construyen solos.

Se construyen cuando alguien decide confiar...

Y alguien más decide ser digno de esa confianza y honrarla.

Porque vale la pena.

Vale la pena ser buena gente

Si pudiera sentarme frente a un joven durante solamente cinco minutos...

Y supiera que nunca volveré a verlo...

No le hablaría primero del éxito.

Ni de la fama, ni del dinero.

Ni siquiera de los estudios.

Le hablaría de algo mucho más importante.

Le diría:

No pierdas nunca la capacidad de ser una buena persona.

El mundo intentará convencerte de muchas cosas.

Te dirá que el más fuerte siempre gana.

Que hay que pasar por encima de los demás.

Que lo importante es llegar primero.

Que ser exitoso es tener dinero.

Que el fin justifica los medios.

No lo creas.

He vivido lo suficiente para descubrir que esas victorias casi siempre terminan siendo derrotas disfrazadas.

Con los años conocí personas extraordinariamente inteligentes.

Y también conocí personas extraordinariamente buenas.

¿Sabes quiénes dejaron una huella más profunda en mi vida?

Las buenas.

Porque la inteligencia puede admirarse.

Pero la bondad se recuerda.

Nadie admira a sus padres por sr inteligentes, sentimos orgullo de que sean buenas personas.

Mis hijas recuerdan a mi madre con profunda emoción, por ser una hermosa persona, una belleza de ser humano, no por su intelecto, sino por su amor.

Nunca vi a alguien arrepentirse por haber sido honesto.

Nunca vi a alguien lamentar haber tendido una mano a quien lo necesitara.

Nunca vi que un abrazo sincero empeorara una situación.

En cambio, sí vi personas perder amistades por ego y por orgullo.

Vi familias romperse por falta de diálogo.

Vi empresas desaparecer porque alguien dejó de cumplir su palabra.

Y también vi algo maravilloso.

Vi cómo una sola persona íntegra podía cambiar el clima de un equipo entero.

Vi cómo un docente que creyó en un alumno transformó su destino.

Vi cómo una madre cambió el futuro de un hijo simplemente enseñándole a amar.

Vi cómo una oportunidad dada a tiempo cambió una vida.

Y entonces comprendí algo.

Las personas realmente grandes nunca son grandes solo por lo que hacen.

Son grandes por lo que despiertan en los demás.

Si algún día tienes éxito, disfrútalo.

Trabaja para lograrlo.

Esfuézate.

Prepárate.

Pero nunca permitas que el éxito sea más importante que la persona en la que te estás convirtiendo mientras lo alcanzas.

Porque el mundo necesita y está lleno de excelentes profesionales.

Sí.

Pero necesita todavía más, excelentes seres humanos con actitud y honestidad.

Quizás nunca aparezcas en la portada de una revista, ni seas famoso.

Quizás nadie escriba un libro sobre ti.

Pero, si logras que tus hijos se sientan orgullosos de llamarte padre.

Si tus amigos confían en tu palabra.

Si tus compañeros saben que pueden contar contigo.

Si un cliente vuelve porque se sintió respetado y acompañado.

Si alguien sonríe al recordar que un día lo ayudaste cuando más lo necesitaba...

Entonces habrás triunfado, mucho más de lo que imaginas.

Porque el verdadero éxito nunca consiste en acumular aplausos.

Consiste en acumular personas que agradecen haberte conocido.

Y créeme...

Después de toda una vida...

Puedo asegurarte algo.

Vale la pena.

Vale la pena decir la verdad.

Vale la pena cumplir la palabra.

Vale la pena trabajar con excelencia.

Vale la pena ayudar.

Vale la pena agradecer.

Vale la pena confiar.

Vale la pena volver a empezar.

Vale la pena amar.

Y, por encima de todo...

Vale la pena ser buena gente.

Porque, al final del camino, nadie recordará cuánto tenías.

Recordarán cómo los hiciste sentir.

Y esa...

Será siempre la obra más importante de tu vida.

Tu nombre es tu mayor patrimonio

Cuando nacemos recibimos un nombre.

Con el tiempo descubrimos que ese nombre puede convertirse en un tesoro...

O en una carga.

Durante muchos años pensé que el patrimonio de una persona estaba en lo que lograba construir.

Una casa.

Una empresa.

Un automóvil.

Una cuenta bancaria.

Con los años comprendí que estaba equivocado.

El patrimonio más valioso de cualquier ser humano es aquello que los demás sienten cuando escuchan su nombre.

Haz una prueba.

Piensa en alguien a quien admires profundamente.

Seguramente no fue la primera persona que ganó más dinero.

Ni la más famosa.

Lo primero que aparece en tu corazón es otra cosa.

"Era una persona en la que se podía confiar."

"Ella siempre estaba cuando la necesitabas dándote un abrazo"

"Nunca dejó de cumplir su palabra."

Eso... eso es una reputación.

Y las reputaciones no se construyen con grandes discursos.

Se construyen con miles de pequeños actos que nadie aplaude.

Llegar a horario.

Cumplir una promesa.

Pedir perdón cuando nos equivocamos.

Tratar con respeto al mozo que nos sirve un café y al gerente que dirige una empresa.

Mirar con una sonrisa a quien se equivoca y ayudarlo a levantarse.

Responder un mensaje.

Escuchar sin mirar el reloj.

Agradecer.

Ser leal cuando nadie nos obliga a serlo.

Las personas creen que la confianza nace en los momentos importantes.

No es cierto.

La confianza nace en los detalles de todos los días.

Y un día, casi sin darte cuenta, ocurre algo maravilloso.

Tu nombre empieza a abrir puertas antes de que tú llegues.

No porque seas poderoso.

Sino porque las personas saben quién eres y quieren caminar contigo.

Ese día comprenderás que la verdadera riqueza nunca estuvo en tu bolsillo.

Siempre estuvo en tu manera de ser y de vivir.

El día que ya no estemos

Hay una pregunta que, durante muchos años, evitaba hacerme.

Quizás porque me daba miedo.

Quizás porque creía que todavía faltaba mucho tiempo.

Pero un día comprendí que pensar en el final no nos vuelve tristes.

Nos vuelve conscientes.

Imagina por un momento que han pasado muchos años.

Tu vida ha terminado.

La gente que amas se reúne para despedirte.

No quiero que pienses en un funeral.

Quiero que pienses en las conversaciones que sucederán después.

Cuando regresen a sus casas y se sienten alrededor de una mesa.

Cuando tus nietos pregunten:

—¿Cómo era?

Y entonces comenzarán a aparecer los recuerdos.

Quizás alguien diga:

"Siempre encontraba tiempo para escuchar."

Otro responderá:

"Nunca se fue sin dar un beso y un abrazo."

Alguien más recordará una palabra de aliento en el momento exacto.

Otro sonreirá al recordar una locura compartida, un juego... una sonrisa.

Y, casi sin darte cuenta, comprenderás algo inmenso.

Nadie estará hablando de cuánto dinero ganaste.

Ni del modelo del automóvil que conducías.

Ni de la marca de tu reloj si lo usabas.

Hablarán de cómo los hiciste sentir.

Hablarán de la tranquilidad que transmitías.

De tu honestidad.

De tu capacidad para cumplir la palabra.

De esa sonrisa que aparecía incluso en los días difíciles.

Porque eso es lo único que sobrevive al tiempo.

Las personas olvidan casi todo.

Pero jamás olvidan cómo las trataste.

Hace años entendí que la vida se parece mucho a sembrar un árbol.

Uno planta una pequeña semilla.

La cuida.

La riega.

La protege del viento.

Y un día descubre que ya no está descansando bajo una planta.

Está descansando bajo la sombra de todo lo que sembró durante años.

Así ocurre con nuestra vida.

Cada gesto de generosidad.

Cada conversación sincera.

Cada vez que dices ... perdón.

Cada oportunidad que damos.

Cada mano tendida.

Cada palabra cumplida.

Cada acto de amor.

Son semillas.

Quizás nunca lleguemos a ver todos sus frutos.

Pero alguien lo hará.

Tal vez un hijo.

Tal vez un alumno.

Tal vez un compañero de trabajo.

Tal vez un desconocido que un día necesitó de nosotros y encontró un poco de esperanza.

Por eso quiero dejarte una invitación.

No vivas preguntándote solamente qué quieres lograr.

Pregúntate también qué quieres dejar.

Porque las metas llenan calendarios.

Pero el amor llena generaciones.

El amor me hace estar aquí... si aquí, contigo.

Y cuando llegue ese día...

El día en que ya no estemos...

Ojalá quienes nos despidan no digan simplemente que fuimos exitosos.

Ojalá puedan decir algo mucho más hermoso.

"Qué privilegio fue haber compartido un pedazo de la vida con él."

Si eso ocurre...

Entonces habremos vivido de verdad.

Cuando nadie crea en ti

Quiero hacerte una sola pregunta.

¿Alguna vez sentiste que nadie creía en ti?

Si tu respuesta es sí...

Bienvenido.

No eres el único.

Muchos de quienes hoy admiras también comenzaron sintiéndose invisibles.

No porque les faltara talento.

Sino porque todavía nadie había descubierto lo que llevaban dentro.

Todos necesitamos que alguien nos diga alguna vez:

"Confío en ti."

Pero, mientras esa persona llega, no te detengas.

Prepárate.

Estudia, aprende.

Esfuézate.

Crece.

Porque cuando la oportunidad aparezca, tendrás que estar listo para aprovecharla.

La vida me regaló personas que confiaron en mí antes de que yo confiara en mí mismo.

Y descubrí que todas tenían algo en común.

No miraban solamente lo que yo era.

Veían lo que podía llegar a ser.

Ese es el poder de las personas extraordinarias.

No etiquetan.

No condenan.

Simplemente... acompañan.

Por eso quiero pedirte un favor.

Cuando la vida te dé la oportunidad de creer en alguien...

Hazlo.

Una palabra de aliento, una mano tendida o una oportunidad pueden cambiar un destino para siempre.

Y si hoy sientes que nadie cree en ti...

Déjame decirte algo.

Yo sí.

Porque has llegado hasta aquí y yo estoy solamente para acompañarte.

Y quien sigue caminando, aun con miedo, ya demostró que lleva dentro una fuerza que todavía no conoce.

No renuncies.

Quizás estés mucho más cerca de lograrlo de lo que imaginas.

Solo hace falta...

Un paso adelante.

Hoy puede comenzar tu nueva historia

Quiero pedirte un último favor...

No cierres este libro todavía.

Antes de hacerlo, mírate por un instante.

No al espejo.

Mírate por dentro.

Cierra los ojos y pregúntate quién eres hoy.

Pero, sobre todo...

Pregúntate quién quieres llegar a ser.

Porque tu pasado ya fue escrito.

Tus errores ya ocurrieron.

Tus miedos ya hicieron bastante ruido.

Tus excusas ya hablaron demasiado.

Ahora le toca hablar a tus decisiones.

Quizás naciste en un lugar equivocado, donde pocos creyeron en ti.

Quizás creciste escuchando que no podías.

Quizás fracasaste y lloraste cuando nadie te veía.

Quizás sentiste que el mundo avanzaba mientras tú permanecías detenido.

¿Y sabes qué?

No importa cuántas veces hayas caído.

Importa cuántas veces decidas levantarte.

No importa de dónde vienes.

Importa hacia dónde caminas.

No importa lo que otros dijeron de ti.

Importa lo que tú decidas hacer contigo.

Nunca olvides esto nunca por favor...

El bambú pasa años creciendo bajo la tierra antes de mostrar sus primeras hojas al mundo.

Los árboles más fuertes soportaron las tormentas más intensas.

Los diamantes nacen bajo presión.

Y las personas que dejan huella casi nunca tuvieron una vida fácil.

No esperes sentirte preparado.

Empieza.

No esperes perder el miedo.

Avanza.

No esperes que todo sea perfecto.

Construye.

La vida nunca premió a quienes esperaron el momento ideal.

La vida siempre abrazó a quienes se animaron a dar el primer paso.

Tal vez hoy no puedas cambiar el mundo.

Pero puedes cambiar una decisión.

Una actitud.

Una conversación.

Un hábito.

Una palabra.

Y eso basta para comenzar.

Hoy estoy intentando hacerlo contigo.

Recuerda algo que me enseñó la vida.

Nunca eres demasiado joven para empezar.

Nunca eres demasiado viejo para volver a empezar.

Mientras tengas un sueño...

Mientras conserves la capacidad de amar...

Mientras seas capaz de aprender...

Mientras tu corazón siga latiendo...

Todavía hay páginas en blanco esperando ser escritas.

No desperdicies tu vida intentando parecer alguien importante.

Dedica tu vida a convertirte en alguien bueno.

Porque el éxito podrá darte reconocimiento.

Pero el carácter te dará paz.

El dinero podrá comprar comodidad.

Pero jamás comprará un abrazo sincero.

Los títulos podrán abrir algunas puertas.

Pero será tu manera de vivir la que mantendrá esas puertas abiertas.

Y cuando algún día mires hacia atrás...

No cuentes solamente los años que viviste.

Cuenta las vidas que tocaste.

Las manos que levantaste.

Los sueños que ayudaste a construir.

Las sonrisas que provocaste.

Los abrazos que regalaste.

Las veces que elegiste hacer lo correcto cuando nadie estaba mirando.

Entonces comprenderás que el verdadero éxito nunca fue llegar más lejos que los demás.

El verdadero éxito fue convertirte, cada día, en una mejor versión de ti mismo.

Porque sabes que... lo estabas haciendo por tí.

Ahora sí...

Cierra este libro.

Abraza a quienes amas.

Llama a esa persona que hace tiempo quieres llamar.

Pide perdón si es necesario.

Da las gracias.

Empieza ese proyecto.

Confía otra vez.

Sueña otra vez.

Ama otra vez.

Y, cuando el miedo vuelva a visitarte —porque volverá—, sonríele.

Dile que ya no conduce tu vida.

Que ahora quien lleva el volante eres tú.

Y entonces...

Respira hondo.

Levanta la cabeza.

Mira el horizonte.

Y da, con toda la fuerza de tu corazón...

Un paso adelante.

Hasta pronto...

Si has llegado hasta aquí...

Gracias.

No por leer un libro.

Gracias por regalarte un momento para pensar en tu vida.

Mientras escribía estas páginas imaginé muchas veces este instante.

Y descubrí algo.

No quiero despedirme de ti.

Porque siento que, de alguna manera, seguiremos caminando juntos.

Quizás un día vuelvas a abrir este libro.

Y ojalá descubras algo maravilloso.

Que el libro sigue siendo el mismo...

Pero tú ya no.

Si alguna página te hizo detenerte...

Si alguna historia te devolvió la esperanza...

Si alguna frase te dio fuerzas para volver a empezar...

Entonces todo habrá valido la pena.

Ahora este libro ya no me pertenece.

Te pertenece a ti.

Escríbelo con tus decisiones.

Con tus sueños.

Con tus abrazos.

Con tus errores.

Y con tu manera de vivir.

Ojalá que, cuando mires hacia atrás, puedas sonreír y decir:

"No tuve una vida perfecta... pero viví una vida que valió la pena."

Y si alguna vez vuelven las dudas...

Recuerda esto.

En alguna página de este libro hubo alguien que creyó en ti.

Hoy quiero decírtelo una vez más.

Creo en ti.

Creo en el bien que puedes hacer.

Creo en la persona que todavía puedes llegar a ser.

Porque el mundo no necesita más personas importantes.

Necesita más personas buenas.

Personas que cumplan su palabra.

Que abracen.

Que sirvan.

Que inspiren.

Porque quien cambia una vida...

Empieza a cambiar el mundo.

Gracias por dejarme caminar un tramo a tu lado.

Ahora el camino continúa.

Es tuyo.

Recórrelo con humildad.

Con coraje.

Con esperanza.

Y, pase lo que pase...

Nunca dejes de dar...

Un paso adelante.

Hasta pronto.

Antes de cerrar este libro...

Mira la página que sigue.

Verás miles de pequeños puntos blancos esperando convertirse en tu historia.

Cada uno representa una decisión.

Una oportunidad.

Un abrazo.

Un perdón.

Una palabra de aliento.

Un sueño.

Un nuevo comienzo.

Por sí solo, ninguno parece importante.

Pero, cuando empiezan a unirse...

Terminan escribiendo una vida.

Ahora esa página te pertenece.

Llénala.

Con tus decisiones.

Con tus aprendizajes.

Con tus caídas.

Con tus nuevos comienzos.

Con cada paso que te acerque a la persona que deseas ser.

Y, cuando algún día vuelvas a abrir este libro, espero que descubras que esos puntos ya no están vacíos.

Porque los fuiste uniendo con la forma más hermosa de escribir una historia.

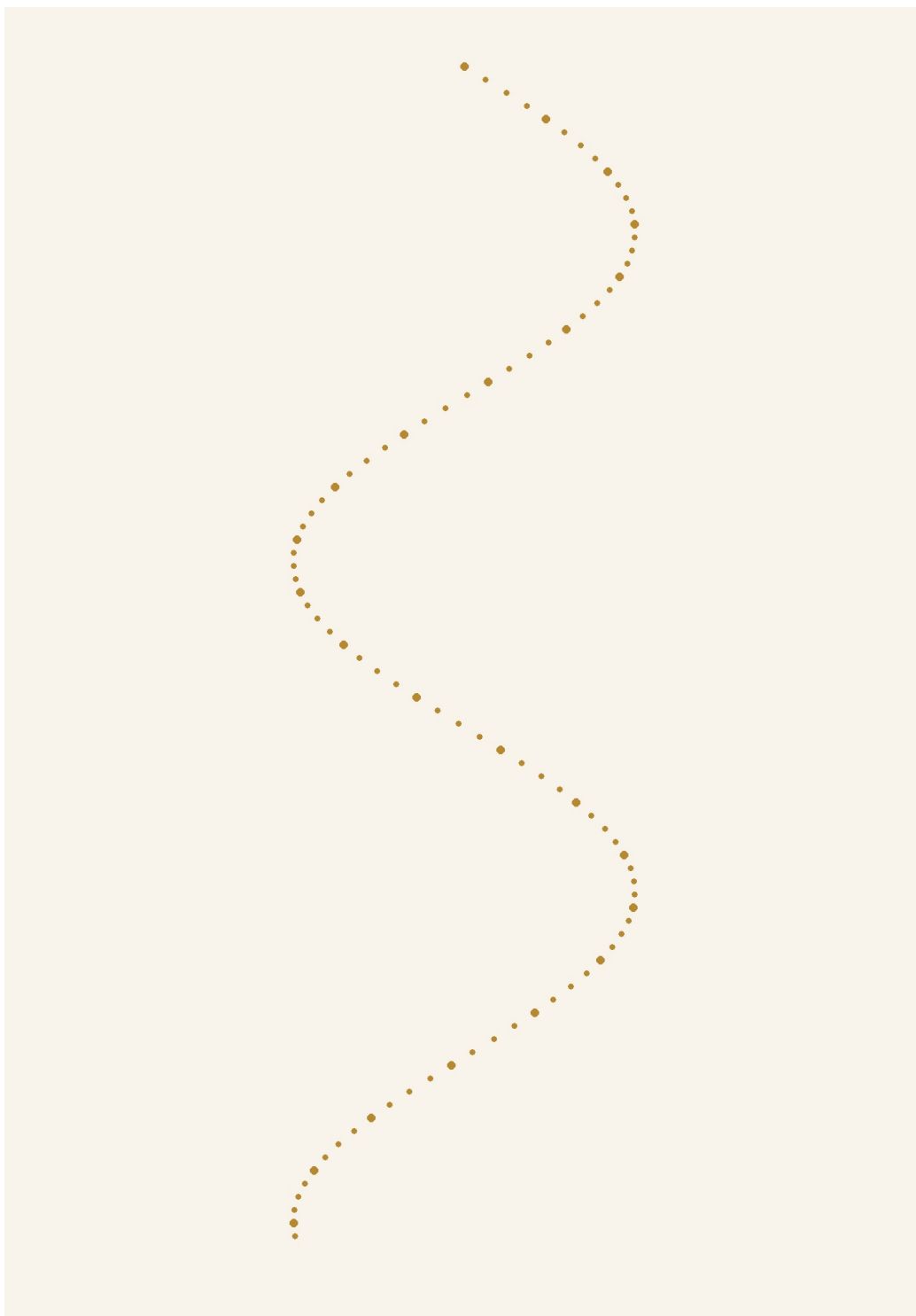
Viviéndola.

ROLANDO SÁNCHEZ DUCLOS

Un Paso Adelante

OHS Consultora

ohsconsultora.com



**Ahora esa página te pertenece.
Llénala.
Viviéndola.**